

VISTO DESDE
NUEVA YORK

JORGE
SUÁREZ
VELEZ



La crisis de fin de sexenio parece probable

Tomó décadas construir la reputación de México como país económicamente responsable y ortodoxo. Funcionarios como Don Miguel Mancera Aguayo merecerían reconocimiento. Este logro no ocurrió en forma lineal e ininterrumpida, fue producto de avances y retrocesos que forjaron credibilidad institucional, principalmente en Banco de México, que hizo escuela de banqueros centrales serios e inobjectables. El ITAM, diga López lo que diga, jugó un papel importante, formando además a media docena de secretarios de Hacienda recientes.

Quiénes tenemos cierta edad, crecimos con la certeza de crisis de final de sexenio. Echeverría, López Portillo, de la Madrid y Salinas terminaron en medio de crisis e incertidumbre que mataba proyectos de inversión al acercarse la sucesión presidencial. Gradualmente, se logró razonable estabilidad y predictibilidad, merecimos el “Grado de Inversión” de todas las calificadoras, reflejando la alta probabilidad de que México pague su deuda. Inversionistas, incluso conservadores están autorizados a comprar bonos emitidos por el gobierno de México.

El camino hasta ese privilegiado punto requirió disciplina trans-

seccional. La ortodoxia sobrevivió, incluso, al cambio de ida y vuelta del partido en Los Pinos. México mantuvo niveles de deuda pública manejables, la pesificó para quitarle vulnerabilidad al tipo de cambio, y logró extender el plazo de vencimiento de la deuda pública mucho más allá de lo que jamás se pensó posible, abriéndole el camino a otras economías en la región.

El gobierno de Peña Nieto ha dado marcha atrás. Recibió la deuda pública sólo 10% en dólares, la incrementaron a 30%. La aumentaron en 12 puntos del PIB. En forma dolorosa, redujeron el gasto en inversión de 4.8% del PIB, donde lo recibieron, a 2.8%, la proporción más baja desde 1939. En 2017, gastarán más en intereses que en inversión. Esa es sólo parte de la historia. En los estados, la contratación de deuda ha sido colosal, la corrupción nauseabunda, y la falta de fondeo de pensiones de trabajadores estatales es una bomba de tiempo.

Me resulta inverosímil que este deterioro ocurrió bajo la vigilancia de un hombre inteligente y buen economista, Luis Videgaray. Dio marcha atrás en una disciplina que era esencial, no por falta de capacidad sino por exceso de arrogancia. Su Reforma Fiscal fue

mediocre. No buscó incrementar la base de recaudación, titubeó en gravar medicinas y alimentos, no intentó cambios estructurales, como forzar a los estados a recaudar con prediales, no corrigió los niveles de tasas marginales para estimular inversión privada. Hizo una reforma recaudatoria básica. Habrá que reconocer que logró compensar la fuerte caída en los ingresos petroleros. En forma curiosa, fue precisamente la caída lo que le permitió pasar de un enorme subsidio a las gasolinas, a un impuesto considerable a éstas, lo cual era deseable.

Ahora, Meade enfrenta retos enormes. Volvió a la oficina que previamente ocupó como resultado de la repentina renuncia de su amigo. El movimiento, quizá eliminará su posibilidad de contender para la candidatura presidencial del PRI, pues se sacó la proverbial rifa del tigre. Como quien juega “Mentirosa”, le tuvo que comprar el juego a su cuate, y ahora tendrá que defender que éste no era tan malo, con la misma enjundia que defendió su deplorable decisión de invitar a México al candidato naranja estadounidense.

Está entre la espada y la pared. Las calificadoras pusieron el dedo en la llaga. México, dice S&P, enfrenta un problema de corrupción (evidente), de gobernabilidad (la CNTE financiada desde Bucareli es buen ejemplo), y un crecimiento preocupante de la deuda pública. La alternativa responsable

para Meade sería hacer un recorte real al gasto. Urge acabar con miles de gastos superfluos (INE, Congreso), clientelares (¡Sedesol en manos de Miranda!) y absurdos (cierre de secretarías, y miles de burócratas sindicalizados que no hacen nada). El presupuesto confirma que no habrá tal recorte. De despedida, Videgaray nos dio atole con el dedo. La deuda va a crecer, no lograrán un superávit primario, y la calificación crediticia de México bajará.

Eso hará que la deuda crezca más. Se verá afectada por un peso más débil (la deuda en dólares se traducirá en que se deban más pesos), por una mayor tasa de referencia (conforme la Fed continúe su gradual ascenso), y un diferencial mayor sobre éstas (reflejando la mayor percepción de riesgo crediticio del país).

Esa es una película, muy mala por cierto, que ya vimos. Se vuelve difícilísimo salir de ese círculo vicioso. A mayor deuda, mayor costo de la deuda, menor inversión privada, consumo más débil, menor recaudación, debilidad del peso, dolarización del ahorro y volatilidad.

Pena Nieto y Meade todavía están a tiempo de evitar que regresemos a las crisis de fin de sexenio. Apuesto, sin embargo, a que no lo harán. Su preocupación es ganar las elecciones en el Estado de México, y mantener al PRI en Los Pinos. Nunca he deseado más estar equivocado.

Opine usted:
@jorgesuarezv